

do terminado, las cuevas con los barriles, los escalones con la pólvora, las salas con los cartuchos y granadas; empapadísimas las paredes de petróleo, prontas las mechas, los incendiarios se fueron á cenar tranquilamente, aunque habia sido aquel día un día de matanza y se preparaba á ser aquella noche una noche de horror. A las dos de la mañana una especie de cañonazo colosal, de explosion increíble, hizo vacilar sobre sus cimientos todas las casas circunvecinas al palacio que parecían buques balanceándose al choque de la tormenta. Los comuñeros apostados en las diversas guardias se asustaron y corrieron donde estaba el general, preguntándole qué sucedía: «Nada, respondió, las Tullerías que saltan y arden.»

En efecto, las llamas subían á los cielos; inmensas columnas de blanco humo las coronaban allá en lo infinito como un volcan boca abajo; abriáanse unas piedras y saltaban otras á la explosion de las grandes cantidades de pólvora; las maderas se trocaban bien pronto en brasas gigantescas y se desprendían rompiéndose en chispas colosales como sobre inmenso yunque; los pisos, las bóvedas, las torres, las linternas, se desplomaban con tal ruido, que cada una de ellas al caer semejaba levantar á los aires tempestuosa y tonante nube; el calor era inmenso, indescriptible, como si innumerables fraguas se aglomerasen allí en un solo punto, como si cien cráteres abrieran sus gigantescos encendidos abismos por todas partes; y el humo espeso y el hedor insoportable asfixiaban en tales términos que semejaba aquel incendio horno ciclópeo, ó gigantesca hoguera apercebida para consumir en horas el cuerpo entero de la capital de Europa, próxima á convertirse en montes de encendidos carbones y á disiparse en huracanes de cálidas cenizas.

¡Qué espectáculo á los pocos días presentaba aquel santuario de la secular monarquía! De las estancias maravillosas, donde estaba el lecho de las reinas y la cuna de los delfi-

nes, ni sombra; del teatro, al cual asistieran tantas veces los soberanos de Europa, ni ruinas; del salon de las fiestas sólo el desierto espacio; consumidos los cuadros que retrataban la gloria ó el orgullo y hechos polvo los bustos; los grandes frescos desvanecidos y trasformados en negro hollin; las altas bóvedas amontonadas en el pavimento calcinado; algun nombre de antiguas victorias entre escombros de recientes derrotas; alguna estatua salvada de aquel naufragio pero aunque de pié acribillada y herida; en los cuerpos bajos la escalera erguida como invitando á subir á lo vacío, y en las alturas el reló casi al aire, parado, señalando por una especie de capricho del acaso la hora fatídica de la catástrofe.

Además del terror que producía aquel incendio, todo el mundo temblaba á causa del cercano Louvre. Dejando aparte sus bellezas arquitectónicas, que recuerdan, sobre todo en la fachada fronteriza al agua, una de las más brillantes épocas del arte francés, soberanamente influido por el arte italiano, contienen sus salones innumerables obras artísticas, honra del trabajo, ornato de la corona de glorias que dan al género humano resplandores de divino. Allí las inscripciones de Nínive y de Babilonia; allí las esfinges de Tebas, en cuyas frentes resplandecen todavía los dogmas hieráticos del antiguo Oriente; allí las momias encontradas en las ciudades funerarias del Egipto. Junto al museo Campana, rico en utensilios romanos, que nos presentan de relieve la cultura inmediatamente anterior á nuestra cultura moderna el museo donde brillan aquellas lozas, aquellos platos del artista inspirado, del sublime alfarero que consumía en el horno su propia fortuna con la fortuna de sus hijos, y encontraba los primeros indicios de la Geología, de esa ciencia que ha recompuesto el planeta. Abajo, en las galerías inferiores, las estatuas griegas, los modelos del perfecto arte clásico; y arriba ejemplares de las varias épocas de

la pintura, desde los primeros cuadros de Cimabue, que aun llevan el reflejo del espíritu bizantino en sus estrechas frentes, hasta las vírgenes de Rafael, en cuya sonrisa se han juntado el espíritu con la naturaleza. Y pensar que una llama podía en breves momentos derribar todos estos títulos de la nobleza de nuestra especie, todas estas místicas escalas levantadas por nuestro espíritu en la sucesión de los siglos para tocar el ideal. Las llamas habían devorado la Biblioteca, y penetraban ya por las galerías, cuando el celo de los empleados en el interior, y la presencia de las tropas en la calle pudo cortar el incendio.

El incendio se propagó en aquellos días de manera espantable. Aunque no ardió el Museo, ardió la Biblioteca del Louvre, y en ella se consumieron ciento sesenta mil volúmenes, preciados tesoros de la ciencia. Poco después que al Louvre devoraban las llamas al Palacio Real, residencia un día de los reyes, hogar más tarde de esa rama de segundones, los príncipes de Orleans, que atizaron todo desorden, para obtener del empuje de las revoluciones el trono que les negaran los caprichos de la herencia. Dividido en palacio, teatro y bazar, más rico este en tiendas que muchas poblaciones de primer orden, costó trabajo á sus pacíficos vecinos impedir la propagación de los estragos desde la vivienda de los reyes á las viviendas del arte y del comercio.

A la derecha del Sena elevaban sus llamas á la inmensidad el ministerio de Hacienda encendido por los cuatro costados; varios edificios de la uniforme y larga calle de Rivoli; toda la calle real, cuyo pavimento se asemejaba á un río de plomo derretido, cuyas paredes á muros de gigantescas brasas, de las cuales se alzaban continuamente inmensas llamaradas. Allá, por los extremos, Belleville parecía próximo á desaparecer, y los graneros de la abundancia daban largamente con sus infinitas materias combustibles

pábulo al incendio. Más abajo, las estaciones de los caminos de hierro cercanas á la plaza de la Bastilla humeaban cual si fueran montañas de pez y brea. Hasta al seno de las aguas se intentaban llevar el destructor elemento su contrario, y puestas en línea una multitud de barcas cargadas con pólvora y petróleo, no ardieron porque la primera de todas despidió una espesa nube de humo tan negra, tan sólida que se asfixiaron en sus lóbregos senos muchos incendiarios.

Al otro lado del río flameaban principalmente el Hotel de la legión de Honor, la calle de Lila, y el Palacio de Justicia. ¡Con qué ávidos ojos miraban los amadores del arte elevarse entre el volcan como una mariposa entre las llamas, ó como un arca de Noé entre mares de fuego, el incomparable monumento anejo á este palacio, la Santa Capilla, radiosa aparición del siglo décimo-tercio, con sus agudas ojivas y sus recamados rosetones; con sus frescos primitivos y sus cristales, del brillo de los diamantes y de la riqueza que en matices tiene el iris; con sus agudas flechas perdidas en la inmensidad cual esas almas místicas desligadas de nuestro bajo mundo; con su majestad y su gracia que hacen de esa joya del arte gótico una lámpara colgada del cielo por los ángeles católicos para iluminar á la tierra! Sálvose milagrosamente. Bien es verdad que también se salvó milagrosamente la Iglesia de Nuestra Señora, en cuyos muros está escrita la historia de Francia como en las gigantescas petrificaciones geológicas la historia del planeta. Cuando entraron los practicantes del vecino hospital, sus verdaderos salvadores, humo espesísimo llenaba todos los espacios, hedor á petróleo todo el aire, rosetones de los altos muros comenzaban á desprenderse calcinados, ardian materias combustibles al pié del altar mayor, y las sillas en monton desde el pavimento al órgano formado de viejas maderas, componían tal cúmulo de combustibles que hubieran reducido en cenizas á pocos minutos el venerable

monumento. Y lo mismo sucedió al Panteón. Solamente la llegada del ejército pudo impedir que á tierra se viniera aquella obra donde resplandece el espíritu de ese siglo pasado que á todos ha redimido y donde Francia espera aun reunir á los hijos ilustres dignos de dormir en el mausoleo de todas las grandezas el divino sueño de la gloria.

Comprendo, sin justificarlo jamás, que los comuneros hayan quemado estos edificios en su odio á la monarquía y á la Iglesia. Comprendo que la defensa les llevara hasta reducir á cenizas, por ejemplo, el teatro lírico y el teatro de la Puerta de San Martín. Comprendo todo eso fácil, muy fácilmente. Pero jamás he comprendido cómo desarraigaron de aquel suelo sagrado de la Plaza de Greve el monumento por excelencia de los pueblos, la Casa de la Ciudad, testigo de los combates y de las glorias de la democracia francesa. Todavía los retrainientos del trabajador, su apelación al Aventino de la huelga, se llama hoy en la clara y elegante lengua parisien *greve*, como para indicar que ese sitio es el núcleo de la vida y de la libertad de los siervos. Los primeros navegantes del Sena se congregaron por esos espacios. Los prebostes de los mercaderes, que opusieron á la soberbia del rey, á la soberbia del noble y á la soberbia del clero, los derechos y votos de los pueblos, ahí tronaban. De esos salones salieron, como de las grutas de Eolo el huracán, las ideas que encresparon las guerras de la Fronda, y que esparcieron tantos gérmenes republicanos en la antigua capital de Europa. Ahí puso París el lazo tricolor en el hojal de Luis XVI, que fué como vestir á la monarquía con los sayales de sus siervos, humillándola más que en el cadalso. De ahí se partieron los que, al tomar y destruir la Bastilla, tomaron y destruyeron la antigua sociedad. Su campana fué la primera en lanzar el clamor de rebato contra los reyes, la noche del diez de Agosto, noche creadora en el génesis de los pueblos. La omnipotencia de Ro-

bespierre y de la Junta de Salvación Pública, que llegó hasta vencer á todos los reaccionarios de Europa, encontró en la Casa de la Ciudad su origen y su fuerza. En ella habitó la antigua Comunidad que remedaban los nuevos comuneros. Sobre el rellano de su gran escalera, proclamó Lafayette el definitivo destronamiento de los Borbones, y Ledru Rollin la República de Febrero. Y si ahí Lamartine contuvo con la magia de su palabra el oleaje de la demagogia, ahí tambien se elevaron los que destruyeron el faraónico Imperio de los Bonapartes, y asentaron definitivamente sobre la monárquica tierra de Francia las sólidas bases de duradera República. ¡Ah! comuneros, si no sentís amor al arte; respeto por esa arquitectura del Renacimiento, en la cual floreció el espíritu humano; si no queréis perdonar las columnas estriadas, los chapiteles corintios, los ángeles y los géneos esculpidos en las ventanas, los mármoles de esas maravillosas estancias, los frescos de Ingres que parecen los últimos apagados rayos del sol de la Grecia dando en la espaciosa frente del género humano, la apoteosis que del trabajo y de sus luchas ha trazado en la galería de las fiestas el pincel de Lehmann; si tantas grandezas no conmueven vuestros empedernidos corazones, perdonad á lo ménos esas estatuas de la fachada, efigies de los hombres mayores que ha engendrado París; perdonad á Condorcette, que ha llevado á la conciencia de este siglo la idea del progreso; á Moliere que es vuestro, hijo del pueblo como vosotros, artista y artesano, timbre inmortal por autor y por actor de la plebe; á Lavoissier, que ha fundado la química moderna, de cuyos milagros tanto podeis esperar para vuestros hijos; á Turgot, que elevó al poder la reforma para evitar la revolucion; al abate L'Epee, que, como Cristo, hizo oír á los sordos, hablar á los mudos, ver á los ciegos; á Juan Goujon, que con su cincel ha derramado todo el calor del géneo italiano por las venas de Francia; á Ambrosio

Pare, el gran cirujano; á Voltaire, el que os ha abierto el cielo del pensamiento matando á carcajadas las esfinges puestas á sus puertas para impedirnos el paso; á todos esos héroes del espíritu, géneos del trabajo, cuyas ideas y cuyos esfuerzos han fundido todas las cadenas, trasformando á los antiguos siervos en los nuevos ciudadanos de la ciudad eterna del derecho. Pero nada han perdonado; ya sólo quedan paredes ennegrecidas, pabellones á medio destruir, que casi se balancean al viento como los árboles; montones de hacinados escombros cubiertos de cenizas y de hollin; estatuas mutiladas sobre el rescoldo extinto; el esqueleto del monumento, como un fósil gigantesco; y para mayor tristeza, y como en son de burla, erguidas sobre la universal destrucción, las enhiestas chimeneas.

¿Cómo se habian producido aquellos incendios? Imposible reducir este punto á la exactitud matemática de verdadera reseña histórica. Pasada la batalla se hallaron en muchos edificios barricadas de petróleo, materias explosibles, hacinados los elementos del incendio. Los habitantes que en París quedaron, cuentan haber visto discurrir aquellos días por las calles de dos en dos, ó de cuatro en cuatro, hasta por delante de las tropas, mujeres haraposas, tostadas, deformes como las brujas de las leyendas, llevando grandes regaderas de petróleo para verterlo por todos los respiraderos, que luego encendian con fósforos, método infernal, bastante á destruir las más sólidas viviendas. Pero el doctor Razoua y el libelista Vessinier dudan de la existencia de las petroleras y atribuyen las catástrofes y los estragos del incendio á las bombas de Versalles. No es fácil prever lo que puede dar de sí una ciudad de dos millones de habitantes en esos días de revolucion. Salen al calor de los ánimos, á la alta temperatura social, seres que luego no volveis á ver, como si sólo pudieran vivir en aquel clima artificial, bajo aquella encendida atmósfera. Así no es de extrañar que la mujer, la musa

de todas las inspiraciones, el objeto de todos los amores, la casta esposa de nuestro espíritu, la madre fecunda del humano linaje, se convirtiera, sumida en las tinieblas, ateneada por el hambre, exaltadísima en el ardor de los combates, enloquecida por los discursos de los clubs, á la hora apocalíptica del instante supremo, en la furia sangrienta que paseó por la ciudad en armas la antorcha devastadora del incendio. El pudor es una de las primeras virtudes de la mujer, y se vió á varias dormir al aire libre, sobre los colchones de las barricadas, en brazos de sus amantes; que á tales excesos llegan los tétricos días de las demencias sociales.

Días de sin igual horror. Mientras los soldados avanzan con el odio y la muerte en el alma, los insurrectos erigen sus formidables barricadas; mientras una parte de París, libre de todo terror se regocija, otra parte de París agoniza y muere. Forman como las sinfonías más infernales y los cuadros más siniestros, el gritar de unos y otros en su ira; el avance y la resistencia; las voces imperiosas de mando y el estridor de las piquetas; el largo agrio trueno de las descargas cerradas y el estampido del cañoneo; las ruinas que se desploman y los combatientes que sobre aquel terremoto se levantan; las quejas del herido y el estertor del moribundo; los muertos sembrados en las calles y los infames que se lanzan sobre ellos á despojarlos hasta de sus vestiduras, como los cuervos en los campos de batalla; las casas violadas por unos y otros, convertidas en lugares de combate, donde se asesinan cuerpo á cuerpo en medio del terror de las familias; los pobres fugitivos buscando en vano un auxilio contra la general matanza, como los náufragos en el diluvio; los degüellos bajo las bóvedas de las iglesias y al pié de los altares; los degüellos en la mansión de los muertos siempre respetada de los vivos; el fusilamiento de las mujeres y el fusilamiento de niños; las víctimas de las cóleras de unos y otros, ó ten-

didadas en el suelo, despues de profanadas, escupidas, mutiladas ó colgadas como racimos de horca á los hierros de los balcones; aquí y allá, en todas las grandes arterias, en todos los sitios principales, los colosales edificios y los interminables muros de las viviendas vacilando como barcos en la tormenta, bajo la lluvia espesísima de la metralla; los obuses, los morteros, las ametralladoras, todas las máquinas de la artillería vomitando la destruccion; los techos que se desploman con estrépito sobre las bombas que revientan en mil pedazos; el aliento abrasador de los cien volcanes abiertos en los puntos más importantes de aquella babilónica capital; el insufrible hedor de los mares de petróleo en combustion; las ardientes lavas corriendo por el suelo y las espesas nubes de humo velando el sol y cubriendo los espacios; las llamas, ora en conos, ora en espirales, que despiden de su seno ya negras pavesas semejantes á tristes y agoreras aves, ó ya chispas gigantes, fragmentos candentes, aereolitos, espesa lluvia de fuego; el rio cargado de cadáveres y enrojecido por el incendio como si fuera un rio de plomo fundido, mezclado con sangre humana; algo que no ha dicho, que no ha contado jamás en los dias más tristes de la historia y en las más espantables visiones de los profetas, ningun apocalipsis.

¡Oh! Ante esta gran catástrofe no nos detengamos en los instrumentos, no hablemos de las causas segundas; la historia y la conciencia nos demandan subir más arriba, subir á las causas primeras para encontrar allí el origen de esta memorable tragedia, y hoy, despues de haber estudiado con calma las piezas principales de este proceso, repito lo mismo que dije, al pié de la letra lo mismo, recientes aquellas ruinas, entre el humo de

aquellos combates, á las Córtes de la revolucion de Setiembre, con el asentimiento general de todos los diputados, que veian como yo el único culpado de aquellas infamias, el único reo de aquellos crímenes, el único autor de aquellas catástrofes en el Cesarismo y sus secuaces.

»¡Cómo! Despojo de la República; golpes de Estado, obra de una turba de Maquiavelos liliputienses y otra turba de pretorianos ébrios; veinte años de inmoralidad arriba, de servidumbre abajo; los escándalos del Imperio romano reproducidos; las peores pasiones del pueblo atizadas; proscripto el pensamiento sin escrúpulo; erigida la dictadura sin freno; decadencia en Europa; deshonra en América; guerra sin pretexto ni preparacion, en que triunfaba el partido militar de la reciente libertad; ocho batallas perdidas en un mes; la leyenda bonapartista desprestigiada; el César entregado sin honor; Waterlón reproducido sin gloria; los esfuerzos dantonianos de Gambetta contrastados por la fatalidad; la traicion del dos de Diciembre sobreviviendo al Imperio en los muros de Metz; París caido; el caballo del Pruth relinchando bajo los arcos de triunfo á las orillas del Sena; la República despues de su triunfo nuevamente amenazada, y la sombra del feudalismo rural y de la Monarquía nuevamente extendida sobre la Asamblea de Burdeos; dos provincias desmembradas del suelo nacional; cinco mil millones de rescate prometidos; la ocupacion extranjera aceptada, y vosotros, liberales, vosotros atribuis á la libertad esta série de catástrofes; castigo grande, sí, aunque no tan grande como la culpa de la generacion proterva que desconoció la austera virtud de la libertad, y alargó dócilmente el cuello á la coyunda infame y vil del Cesarismo.

CAPITULO CXII.

MAS CRÍMENES Y MAS HORRORES.

Despues de haber visto estas batallas en su conjunto, veámoslas en sus particularidades, y despues de haber visto la suerte de las instituciones, veamos tambien la suerte de las personas. El general que llevara el peso de todos los deberes militares en los tiempos últimos de la Comunidad fué indudablemente Dombrowski, aquel polaco de quien dijieran las mayores calumnias y á quien debian principalmente la defensa de la ciudad. A las seis de la mañana del dia veintitres cayó herido mortalmente al pié de una barricada en la calle de Myrrah. Sus gentes huian despavoridas al estruendo de la batalla, y queriendo reanimarlas, cayó atravesado de parte á parte. Recogido en unas parihuelas, y llevado á la Casa de la Ciudad, se retorcia por el camino de dolor y saltaba á los sacudimientos de espantosa agonía. Las convulsiones eran de tal manera terribles que parecia romperse su cuerpo en mil pedazos, y durante los cortos respiros que le dejaba el dolor para volver á la vida, exclamaba agitándose como un poseido ó un furioso: y aun dirán que hice traicion.

Al fin se apiadó de él la naturaleza y despues de dos horas de terribles dolores lanzó el último suspiro al aire cargado de miasmas de muerte; y el último recuerdo al seno de su desgraciada familia. Al dia siguiente, veinticuatro de Mayo, le llevaron á enterrar. Resonaba el cañon, la fusilería, la campana que tocaba aun á rebato; hervian los próximos incendios con el resuello de una fragua titánica, pasaban por las cercanías del cementerio algunos fugitivos y aun algunos heridos; el cortísimo cortejo fúnebre mostraba en su desesperacion contenida por el respeto, envidiar la suerte del que habia muerto y aun contaba con una sepultura, último consuelo negado tal vez próximamente á todos; y entre tantas emociones, alzó la voz el misántropo Vermorel para tronar, no contra la tropa que ya se acercaba furiosa al fúnebre lugar de esta luctuosa escena, sino contra los comuneros, horda, segun él, de cobardes y de borrachos, que la víspera acusaban á su jefe de traidor, y que en la hora del peligro, le abandonaban, entregándolo á la muerte, verdadero suicidio bus-